

Ime Maldonado

Los conjuros de Ana

Re-cuento de un hechizo roto

Publicado el 26 dic 2022 en [miscircuitos.com](https://www.miscircuitos.com)

Edición: Addy Góngora, [letranias.com](https://www.letranias.com)

En el amanecer de la noche más larga, Ana llegó a mí.

Al nombrar con valentía lo invisible, rompió hechizos viejos, liberándose de una sombra del pasado.

Así comprendí que los nuevos inicios implican reparaciones secretas que se revelan lentamente.

Me encuentro con ella y contigo en este espacio de reparación, en un huerto común, habitado por pájaras y pajaritos que cantan y vuelan, libres al fin.

Piragua

En las aguas poco profundas de la ciénaga, sus pájaros se alejaron, chapoteando en el agua con inocencia. Ana estaba tranquila con tenerlos a pocos metros de distancia.

José, un joven maya de voz aterciopelada, comandaba la balsa. Ella tenía la vista fija en la calma del manglar, en la suave nube de arena que levantaba el remo al tomar impulso y en el canto de sus pequeños pájaros, retozando cerca.

Todo era *perfecto*, una vez más.

El tábano se posó en su brazo y Ana lo miró con enfermiza complicidad.

—Sigue, insecto inútil, que no siento ni sentiré nada hasta que hagas lo tuyo y te retires a morir lejos de mí.

Así fue.

Sonrisa

—Sonreír no es cosa fácil para todos—
piensa Ana al mirar las fotos de aquella familia, imaginando lo gracioso de que «sorna» y «sonrisa» suenen a «*sornisa*».

Le parece ver su rostro en una imagen, con sus pajaritos en el regazo.

—Nunca quise «sornisas» para ellos.

Los arroja suavemente en su cuerpo y se permite soñar despierta, otra vez: Corre atravesando paredes, calles y ciudades, hasta detenerse frente al abismo de luz.

Un suave calor irradia su rostro y Ana
siente que sus átomos vibran de nuevo.

De la luz brota la risa de una abuela, que
nutre su interior.

Ana sonríe y sus pájaros cantan.

Fénix

Durante una medianoche de octubre, en el piso del patio, sucedió su última transformación.

Estaba lista para renacer de nuevo como diosa estoica, *gloriosa*, pero esta vez escuchó una voz de mujer que reveló la naturaleza circular de su transfiguración.

Ana escuchó con dolor y por primera vez y para siempre rechazó la mano que la sombra le ofrecía, insistente, a manera de redención orquestada.

Al instante, el hechizo se rompió y el ciclo se detuvo.

Ana murió y nació como la simpleza inadvertida de la hoja que cae, se desintegra en moléculas carbónicas y se convierte en otra criatura. Quizás un ave diferente: una gallina que tal vez, algún día, ponga un huevo de oro.

Telegrama

En otra medianoche de su vida, a plena luz del sol, Ana recibió un telegrama siniestro:

—Ha muerto el amor.

«Debe ser una broma», se dijo, y continuó su rutina bajo el sol, con las manos en la tierra, haciendo suaves camas de pasto para las sandías, negociando la poda con las abejas.

Trató de olvidar, pero el viento repitió aquel mensaje:

—Ha muerto el amor.

—Ha muerto El Amor.

—Ha muerto Él.

Ana se recostó debajo del manzano y se sumió en un profundo sueño: Su cuerpo se desintegraba en bacterias, larvas y polvo.

Despertó esa tarde, un milenio después, sintiendo un dolor insoportable en las manos ensangrentadas.

—Esa sombra no debe asirse más.

Caminó hasta el estanque y se enjuagó las manos. En las aguas calmas se reconoció, renovada en ese bautizo inesperado, con su vestido blanco y aceites en la frente.

—El hechizo se ha roto en la revelación de un telegrama. La sombra ha muerto, y yo, volví a vivir.

Veneno

Ana recogió la primera manzana y se preguntó con cuántas manzanas envenenadas podría morir.

—Veintidós —recitó en automático, en voz alta.

Hizo un guiño a sus pájaros que, inadvertidos, acicalaban sus brillantes plumas nuevas.

—Tal vez aún no es tiempo.

No sabía como alertarlos de las sombras del presente y del futuro, así que continuó regando el manzano, inmersa en sus pensamientos: «¿Cuánto desamor se necesita para envenenar el amor?... es urgente que sepan que nadie tiene que sufrir para aprender».

El canto despreocupado de sus retoños la trajo de vuelta a la realidad.

Mordió el fruto, y disfrutó.

Interruptor

Como descarga eléctrica, una historia atravesaba el cuerpo de Ana cada vez que encendía el calentador de agua: El relato cruel, lanzado con puntería a su corazón, de un vida robada, en una casa parecida a la suya, habitada por una Ana más joven que ella.

Durante tres años, en la vulnerabilidad de su desnudez previa al baño, Ana se paraba de puntas sobre el tapete... hasta que ese día, harta de sentir miedo, decidió exponerse a la energía con los pies

descalzos remojados en el agua y un plan en mente.

¡Funcionó!

Quince millones de voltios atravesaron su cuerpo sin dañarla ni moverle una sola cana, reiniciando el sistema completo.

Los pájaros aletearon y, al instante, todas las Anas del mundo se liberaron.

Semillas

Cuando la sombra se presentó por primera vez, Ana dudó.

—Debe ser inofensiva— se repetía serena ante su oscuridad.

Muchos años después, en la noche más larga, Ana entendió.

Al fin estaría a salvo, pero el dolor de esa vida disonante le calaría los huesos unos años, al son de un reproche triste:

«Bienaventurados quienes, sin ver, creyeron».

Una tarde en el patio, mientras removía la tierra con sus pies descalzos, Ana recordó lo que escuchó en la radio: «El séptimo círculo está destinado a los violentos» y se permitió una fantasía sanadora de las sombras que habitan el inframundo.

Después, dejó caer suavemente las semillas de las virginias, haciendo un recuento de las presencias amorosas que ahora la rodeaban.

Sus pájaros la miraron desde una rama del manzano.

Cantaron y echaron a volar.